

TODO ESTA POR HACER EN MATERIA EDUCATIVA³⁷

“No son las instituciones las que dan valor a las almas, sino las cualidades de las almas las que hacen valer las instituciones.”

Esta verdad, enérgicamente planteada por Gustavo Le Bon, y que todos los días recibe de la experiencia universal la más rotunda de las ratificaciones, nos obliga a recalcar la indiscutible trascendencia del factor educativo, siempre y cuando éste se entienda y se aplique en toda la profundidad de sus acciones regeneradoras, y que abarque al hombre en la plenitud de su ser y de sus manifestaciones: inteligencia y espíritu, razón práctica y razón pura, sentimiento y voluntad, conocimiento y acción.

Cualquiera empresa de transformación social que aquí o allá se intente, será edificio asentado sobre arena, si no se le da por cimiento y por base, la reforma de los móviles internos, si no se funda en la substitución de los motivos egoístas, por otros más altos, impulsos de solidaridad, de altruista desprendimiento o de fraternal espíritu de sacrificio y de abnegación.

Pero, si tal es el postulado concebido en teoría, forzoso es confesar que en la práctica, los métodos y los resultados educativos, no corresponden, no han correspondido hasta la fecha, a las esperanzas y a los anhelos que en ellos se habían cifrado.

En las aulas, en efecto, se aprende todo, menos a conocer la vida y el mundo social que nos rodea, y en el que tenemos que actuar. Se enseñan allí infinidad de cosas que no tendrán aplicación en el curso de la existencia, pero nada se nos dice de las dificultades de orden práctico que en la vida real estorbarán nuestro camino, y de los medios o de los procedimientos eficaces para afrontarlas y sortearlas.

¿Qué sabe, en realidad, el estudiante, qué se le enseña de todo aquello que pueda serle útil para abrirse paso a través del complicado laberinto de intrigas, obstáculos, asechanzas, animosidades y envidias que forman la trama de la humana existencia? ¿Qué se muestra al estudiante, al futuro

³⁷ *El Universal*, 16 de octubre de 1930.

profesionista y hombre de acción, de las tentaciones que lo asaltarán, de las redes y trampas que se tenderán a su paso, para obligarlo a torcer su conciencia, a renunciar a la alteza de sus propósitos iniciales, y arrastrarlo así a buscar o paulatinamente, para que, de claudicación en claudicación y de complacencia en complacencia, vaya poniéndose cada vez más en tono con la miseria moral del medio ambiente, hasta consentir en que el noble y augusto ministerio de servicio social que él con adorno apostólico se propusiera en un principio desempeñar, se convierta en vulgar palenque de actividades mercantiles, donde tenga que competir con otros hombres, como él metalizados, y como él ajenos a toda noción y a todo impulso que no sean los de amontonar dinero y más dinero?

De nuestras universidades y de nuestras escuelas salen los alumnos bien nutridos de sistemas y de teorías abstractas, pero desprovistos a la vez de armas de todo género, para el diario combate que los espera al entrar a la vida de la libre competencia, de las sorpresas incesantes y de la pugna ardorosa y brutal de las pasiones y de los intereses.

Se cree, en efecto, que se ha cumplido con el deber de educar, cuando se ha atiborrado al discípulo con una enorme cantidad de textos, de datos, de cifras, de axiomas, de fórmulas, de teoremas, de términos técnicos, de principios más o menos científicos, de cuadros y sistemas de clasificación; en una palabra, de hechos y de nociones alejadas casi siempre de todo contacto con la realidad en que se va a vivir; pero en cambio al joven estudiante, que está a punto de convertirse en hombre y como tal tendrá que entenderse con otros seres humanos, pasionales como él y movidos por apetitos e intereses, nada se le dice y nada se le explica de lo que más le interesa: cómo ha de conducirse en este mundo desconocido, cuyos umbrales en breve tiempo ha de pisar.

Se toma al hombre y se le trata como si fuera intelecto puro, aislado en el tiempo y en el espacio, protegido por su ciencia, por su erudición y su sabiduría, contra toda clase de influencias interiores y exteriores, acorazado contra el mal, inmune para el contagio de impurezas y perversidades.

Se le considera en una sola de sus facultades, como una inteligencia productora de ideas, que tan pronto son concebidas, como deben y pueden ser mecánicamente realizadas. Se olvida que en la entidad humana, en ese ser complejo que es el hombre, existen apetitos, deseos, pasiones avasalladoras, impulsos volcánicos: que él es un compuesto de buenos y de malos sentimientos, y que no siempre es fácil refrenar los unos y hacer triunfar a los que deben tener la supremacía.

En una palabra, se olvida que, junto con la inteligencia y muchas veces con más fuerza que ella, obran sobre la voluntad humana impulsos emotivos, arranques pasionales, motivos y móviles interesados, que son capaces de apartarla, y de hecho la apartan, del cumplimiento del deber teóricamente aprendido, artificiosa o superficialmente inculcado.

En vez de aceptar esa complejidad de fenómenos —pasiones, sentimientos, ímpetus ciegos, apetitos y concupiscencias difíciles de domeñar— se cree o se obra al menos como si tal se creyese, que las ideas por sí solas están dotadas de la mágica virtud de inspirar y regir de hecho la conducta de los humanos, y sobre base tan deleznable, tan opuesta en todo y por todo a la ciencia y a la realidad, se construye un sistema de enseñanza superficial y formalista, en el que todo se reduce a desarrollar la inteligencia, alimentándola con máximas frías y con fórmulas abstractas, impotentes para ejercer acción sobre la voluntad, ya que ésta sólo se deja regir y determinar por sentimientos, afectos o estados emotivos.

“No —dice Jules Payot, el pedagogo que consagró su vida al estudio de la psicología de la voluntad—; la idea por sí misma no es fuerza; lo sería si existiera sola en la conciencia, pero como se encuentra allí en conflictos con los estados efectivos, se ve obligada a solicitar de los sentimientos la fuerza que le falta para luchar”.

Habría que empezar, por lo tanto, por cultivar los sentimientos, por desarrollar las pasiones generosas y los impulsos afectivos capaces de mover y de forzar la voluntad a la difícil práctica del bien; y esto es precisamente lo que no se hace en nuestros colegios y en nuestras universidades.

Falta allí la gimnasia de la voluntad, la terapéutica de las pasiones; faltan allí los ejemplos y el ejercicio práctico de las virtudes y de los buenos hábitos; los métodos y los actos de disciplina moral; eso mismo en que nuestros mayores fueron maestros, y que hoy ven nuestros contemporáneos con el más torpe de los desdenes y la más obtusa de las incomprensiones.

Sobre este punto, es hermoso y consolador oír la bella frase, la voz robusta de José Martí, quien, como siempre, tuvo la limpieza de visión necesaria para percibir y denunciar la pobreza de nuestros métodos de enseñanza.

“La educación suaviza más que la prosperidad —dijo él—; no esa educación meramente formal, de escasas letras, números dígitos y contornos de tierras, que se da en las escuelas demasiado celebradas y en verdad estériles, sino aquella otra, más sana y fecunda, no intentada apenas por los hombres, que revela a éstos los secretos de sus pasiones, los elementos de sus males, la relación forzosa de los medios que han de curarlos, el tiempo y la naturaleza tradicional de los

dolores que sufren, la obra negativa y reaccionaria de la ira, la obra segura e incontrastable de la paciencia inteligente”.

Martí, y los que con él piensan, tiene razón en todo y por todo.

Las ideas frías, secas, abstractas, con que se nutre de modo exclusivo el espíritu de nuestros educandos, no tiene el menor imperio sobre la voluntad, apenas se tropieza con los conflictos y con las tempestades de la pasión, apenas el hombre “de carne y hueso”, salió de un liceo, de un colegio o de una universidad, se encuentra frente a frente de las sucesivas y múltiples solicitaciones de los sentidos, de la vanidad, de la ambición, del orgullo, de la sed insaciable de placer, de dominación y de lucro que aflige, agita y conmueve a las generaciones contemporáneas.

Una idea abstracta podrá influir sobre cada uno de nosotros en el silencio de nuestro gabinete de trabajo o en la soledad de los bosques; pero esa misma idea por sí sola nada puede, cuando nos encontramos —sobre todo en la juventud— cara a cara con el llamamiento imperioso que a la puerta de nuestro corazón y de nuestras ansias de vida, de expansión y de placer, nos hacen los apetitos y las concupiscencias, los estímulos interiores y exteriores de toda clase, que nos empujan y nos precipitan a la satisfacción de todas las imperiosas exigencias de nuestra naturaleza, de todos los ciegos instintos del “yo” inferior y bestial que en cada uno de nosotros se agita.

Sobresalir, por buenas o por malas artes; dominar a los demás hombres, encaramarse sobre sus espaldas, prevalecer sobre ellos, aunque sea a costa de la justicia y del decoro; disfrutar de los goces, puros o no, que la vida y la sociedad caudalosamente nos ofrecen; saciar las pasiones de mayor arrastre y cuya pendiente es más resbaladiza; acaparar los medios y atrapar sin escrúpulos las ocasiones de gozar, de dominar, de brillar, de hacer sentir a los otros su superioridad, de humillar a los rivales, de vencer y aplastar a los que se atraviesan en nuestro camino, son otras tantas tentaciones que al hombre, y al joven sobre todo, asaltan continuamente, a la vuelta de cualquier esquina, detrás de cada una de las encrucijadas o de las sorpresas que la complicación de los destinos humanos nos depara a cada instante.

¿Cómo vencer ese cúmulo de pasiones, cómo y en qué forma disciplinar la voluntad para que pueda sobreponerse a esos peligros, para que, erigiéndose en dueña de sí misma, abandone los bajos impulsos, para orientarse en el sentido de la justicia, de la austeridad, del apoyo a los otros o del sacrificio por los demás?

Tal es el problema y tal es la obra que los educadores contemporáneos tienen ante sí.

¿Cómo y cuándo lo resolverán?